

do metálico, que oyeron los chicos con delectación.

—¿Qué es esto, padre? ¿De dónde ha salido tanto dinero?—le preguntaron.

—Hijos míos—contestó el viejo—esta es la primera renta de unas heredades que me he reservado para pasar tranquilamente los pocos años que me quedan de vida. Y es mi voluntad que, cuando yo muera, esta hacienda y el dinero que hasta entonces haya producido, sean heredados por aquel de vosotros dos que mejor se haya portado conmigo.

Desde entonces los hijos ya trataron al padre muy de otra manera: le obsequiaban á porfía, le trataban á qué quieres boca, le profesaban sumo respeto y establecieron competencia y lucha por ver quien le servía mejor.

Casáronse los hijos, y las nueras, conocedoras también de lo que las aguardaba si obraban bien, se desvivían por complacer á D. Simplicio, y los nietecicos también aprendieron muy pronto lo que convenía hacer, y como pajecillos á un rey, así servían ellos al anciano.

De este modo gozaba Bobatel la vida más feliz, pasando de los cien años y conociendo una muy larga y lucida descendencia. Pero como todo en este mundo ha de llegar á su fin, llegó también al suyo la vida de aquel hombre. Conociendo, pues, que se le acababa la existencia, y después de haber encomendado su alma á Dios y recibido los auxilios espirituales con que la iglesia prepara á sus fieles el temeroso viaje de la eternidad, D. Simplicio Bobatel reunió en torno al lecho de la agonía á sus hijos, y les habló en estos términos:

—Muero muy satisfecho de vosotros. Así que expire, abrid aquel arcón, y en él hallaréis mi testamento y mi fortuna.

Los hijos hicieron mil fingidos aspavientos de dolor, diciendo:

—¡No se muera usted, padre!... ¡Viva mil años!... ¡Nosotros no queremos la herencia!...

Y otras exclamaciones por el estilo; pero no quitaban ojo del arca.

Murió el padre, y cuando los hijos abrieron el arcón, no encontraron en él más que un descomunal garrote, y atado á él un papellito que decía:

«Es mi voluntad dejar este palo para romper la crisma á todos los padres necios que antes de su muerte dan la hacienda á sus hijos.»



LA PATRIA

Poesía original de 'n Ventura Ruiz Agullera

Desitjant jo un dia
Seber lo qu' es Patria
Un vell va respóndrem
Que molt la estimava

—La Patria n' es cosa
Que no hi ha paraulas
Per darla á comprendre
En cap llengua humana.

Del mon en la vista,
Ahont tot nos parla
Ab veus qu' en lo íntim
Penetran de l' ánima;
Alli ahont comensa
La curta jornada
Que al home en la terra
Los Cels l' hi senyalan;
Alli hont dols cántich
Entona la mare

Prop d' un bres que vetlla
L' Angel de la Guarda;
Alli ahont en terra
Beneyta y sagrada
Dels avis y pares
Las cendras descansan;
Alli ahont radican
Los murs de la casa
Hont ells existiren;
Alli está la Patria.

Las valls, las arbredas,
Los llachs y montanyas
Hont trista ó alegre
Passá nostra infancia;
Las antigas runas
De castells ó d' aras
Qu' avuy d' eura y molsa
Son enmantelladas;
Los arbres que un dia
Ombra y fruyts nos davan,
L' alé de la brisa,
Los aucells que cantan
Y amor y memoria
De dol ó esperansa
Que motius sigueren
De plers ó de llágrimas;
La imatje del temple,
Las rocas, la platja
Que ni 'ls anys ni ausencia
Del cor nostre apartan;
La veu coneguda,
La nina que passa,
La flor que cultivas,
La feixa que llauras,